

El lenguaje neoliberal en la educación

Renán Vega Cantor

Profesor Universidad Pedagógica Nacional

La denominada “contra-revolución neoliberal” que se inició hace cuarenta años viene acompañada de un conjunto de dispositivos lingüísticos, que ha cumplido el papel de imponer un nuevo sentido común y de presentar su proyecto de recomposición del capitalismo como resultado de fuerzas irreversibles e incontenibles. Esas posturas neoliberales resucitaron un lenguaje propio del pensamiento neoclásico, que se suponía había colapsado como resultado de la gran depresión de la década de 1930. Pero los neoclásicos cambiaron de denominación y para emerger otra vez en la palestra pública se presentaron como ofertistas y liberales.

Su programa se reduce a transformar la relación entre Estado y mercado, de tal manera que este último se equilibre a través de la competencia entre firmas, y el Estado no intervenga en la economía y se limite a dictar las normas y a garantizar el funcionamiento de las instituciones que permiten al mercado autorregularse de manera armónica. En esta dirección, las empresas públicas se deben privatizar, los servicios colectivos se tienen que someter a la mercantilización, se exige la eliminación de los sindicatos para erradicar a “odiosos monopolios” en el mercado laboral y se impulsa la apertura de las economías nacionales a la competencia libre con el resto del mundo. Este discurso general sobre el funcionamiento de la economía capitalista se trasladó a diferentes ámbitos de la vida social y natural, y en cada uno de ellos se introdujo la terminología neoliberal. Por tal circunstancia, existe un


discurso neoliberal aparentemente específico sobre la salud, las pensiones, la naturaleza, la cultura y, por supuesto, la educación, pero en el cual se reproduce su jerga genérica sobre el mercado y la competencia.

Para el neoliberalismo la educación debe convertirse en un mercado común y corriente siendo indispensable que se imponga la “libertad de elegir”, con lo que se quiere significar que el Estado debe abandonar su papel activo en la educación y les ceda esta labor a particulares, que desempeñarían mejor esa función. En definitiva, se necesita más mercado y menos Estado en la educación, y para que eso sea posible es requisito que la educación deje de ser considerada como un “servicio público”, gratuito, universal y se convierta en un servicio privado. El consumidor actuando de manera soberana y sin coerciones estatales debe escoger libremente la institución escolar en la que quiere que estudie su hijo, en concordancia con su nivel de ingreso, puesto que en el mercado educativo se ofrecen distintos tipos de educación. Quienes no puedan pagar deben resignarse a que sus hijos no estudien, o estudien en las instituciones públicas si pueden acceder a ellas, o soliciten préstamos para sufragar los altos costos de producir esa mercancía especial e intangible que se llama educación.

Milton Friedman propuso en 1955 que en la educación se implementen los bonos educativos (*vouchers*), como mecanismo tendiente a que el Estado no financie a los centros escolares y deje de pagar en forma directa a los profesores, empleados y directivos. Ese dinero debe convertirse en bonos que se entreguen en forma directa a los padres de los estudiantes, para que ellos dispongan donde matricular a sus hijos. El aspecto fundamental que se deriva de esta propuesta estriba en que el Estado deja de subsidiar la oferta (instituciones educativas) y pasa a financiar la demanda (a los alumnos). Ese dinero es reclamado mensualmente por los padres que pagan el costo de la pensión en las instituciones privadas, con lo cual éstas se fortalecen y se desfinancia la enseñanza



<http://www.nuevamineria.com/revista/aprueban-proyecto-de-ley-que-destrabara-desarrollos-hidroelectricos-por-1-300-mw/>



Para el neoliberalismo la educación debe convertirse en un mercado común y corriente siendo indispensable que se imponga la “libertad de elegir”, con lo que se quiere significar que el Estado debe abandonar su papel activo en la educación y les ceda esta labor a particulares, que desempeñarían mejor esa función.

En definitiva, se necesita más mercado y menos

Estado en la educación, y para que eso sea posible es requisito que la educación deje de ser considerada como un “servicio público”, gratuito, universal y se convierta en un servicio privado.

pública, porque sus ingresos dependen de la cantidad de alumnos que se matriculen. Como complemento, las escuelas y universidades pueden despedir en cualquier momento a profesores y empleados, que ya no tienen sindicatos sino que funcionan como cooperativas o sociedades anónimas dentro de cada plantel.

El planteamiento de Milton Friedman, que se mantuvo inalterable durante medio siglo, asegura que

Las escuelas públicas tienen una clientela cautiva que carece, en general, de otras fuentes alternativas de enseñanza, salvo a precios muy elevados. Existen, en consecuencia, pocos motivos [...] para que administradores y profesores presten una atención directa y detenida a las necesidades o a las críticas de los estudiantes o de los padres. [...] No se puede hacer maullar a un perro ni ladrar a un gato. Y tampoco podrá usted lograr que un proveedor monopolista de un servicio, que además ni siquiera recibe los fondos directamente de sus clientes, preste mucha atención a los deseos y necesidades de éstos. El único medio de lograrlo es romper el monopolio, introducir la competencia y dar alternativas a los clientes¹.

Se debe lograr, según Friedman, que la escuela pública sea regida por la competencia entre empresas, y a la larga, como en cualquier mercado se impondrán las mejores. La educación es un simple mercado que tiene como objetivo principal la cualificación del capital humano individual y en dicho mercado deben existir diversos oferentes, de tal manera que los consumidores puedan escoger libremente lo que más les conviene. En estas condiciones, la educación pública queda cercada por la eficacia del mercado, y las pocas instituciones escolares de tipo estatal que sobrevivan pueden mejorar gracias a la competencia, mientras

¹ Milton Friedman, *La tiranía del statu quo*, Editorial Ariel, Barcelona, 1984, p. 184.




HidroAysén fue un proyecto que contemplaba la construcción y operación de cinco centrales hidroeléctricas, dos en el río Baker y tres en el río Pascua, ubicadas en la región de Aysén, en el sur de Chile.
Fotografía: <http://es.wikipedia.org/wiki/HidroAys%C3%A9n>

que “en los barrios míseros urbanos, donde aquéllas juegan un papel tan lamentable, la mayoría de los padres sin lugar a dudas intentarían enviar a sus hijos a centros no públicos” [...]. Si los padres están preocupados por el bienestar de sus hijos nunca pensarán en que estos estudien en las escuelas públicas, porque en las instituciones privadas “dispondrían de mayores estímulos para el aprendizaje y tendrían un ambiente familiar más favorable”. En esas condiciones, “existe la posibilidad de que algunas *escuelas públicas se quedaran con “la hez”*, llegando a ser de peor calidad que actualmente”. Pero eso no importa, concluye Friedman, porque cuando domine “el mercado privado, la calidad de toda la enseñanza mejoraría tanto que incluso la peor, si bien estaría *relativamente* más baja en la escala, sería mejor en calidad *absoluta*²².”

Friedman le concede virtudes salvadoras al mercado educativo, lo cual se fundamenta en su concepción sobre los recursos escasos que deben ser manejados y asignados de manera eficiente por la mano invisible. Con recursos económicos cada vez más restringidos, el Estado puede mejorar la educación si la abre a la libre competencia, lo que implica, entre otras cosas, que venda servicios educativos y conquiste al público de consumidores, siempre pensando en la rentabilidad. Con ello, la educación debe funcionar como cualquier empresa del sector privado, en la que actúan oferentes y consumidores, porque se supone que el mercado asigna recursos en forma eficiente. Aparte del culto al mercado, es evidente la concepción clasista en Friedman y en los neoliberales, como se aprecia con aquello de que existen unos desechos en la sociedad –los más pobres entre los pobres– que seguirán llegando a la educación pública.

2 Milton y Rose Friedman, *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*, Editorial Planeta, Barcelona, pp. 236-237.



No es difícil captar que el discurso sobre el mercado, la competencia y la soberanía del consumidor no se impone por su superioridad intrínseca, como dicen los ideólogos neoliberales, sino por la fuerza, para despejarles el camino a los reformadores educativos del libre mercado. Para eso, es preciso, como lo enfatiza Friedman, destruir los sindicatos de profesores y flexibilizar el mercado laboral de los docentes y administradores del sistema escolar.

La propuesta de Friedman de los bonos escolares se ha aplicado en algunos lugares del mundo, como Chile y también en varios estados de los Estados Unidos. Sus resultados han sido nefastos para la población pobre y trabajadora, pero muy positivos para los capitalistas del sector educativo, enriquecidos con la consolidación de este nuevo mercado. Sin embargo, en contra de lo que dice el discurso neoliberal de Friedman, el mercado no es un maná celestial incontaminado que esté exento de corrupción y sea un asignador correcto de recursos, ya que en la realidad los inversores educativos recurren a maniobras fraudulentas para atraer clientela, tales como decir mentiras, falsificar datos y resultados, realizar propaganda engañosa y desprestigiar a sus competidores, sobre todo los que pertenecen a instituciones educativas del Estado. Asimismo, mercantilizar la educación aumenta la desigualdad social y la discriminación ya que cataloga como inferiores o mediocres a las instituciones y a los estudiantes que presentan malos resultados en los escalafones de “calidad”.

En la vida real, los bonos educativos poco tienen que ver con la pretendida libertad de elegir que tienen los consumidores –salvo los de las clases dominantes– puesto que son las instituciones educativas las que terminan escogiendo a sus alumnos, con mecanismos que amplían la segregación clasista de la sociedad, ya que todos quieren tener a los “mejores”, un calificativo que no se refiere a los méritos intelectuales o académicos, sino que está directamente ligado al poder adquisitivo de la familia de los escolares. Con tal lógica monetaria, entre más dinero para pagar los estudios tenga una familia, mejores serán considerados sus hijos y familiares, aunque fuesen estúpidos. Con ese mecanismo tan perverso se generaliza la diferencia entre instituciones para ricos y para pobres, todas las cuales compiten entre sí con equidad –que no es igualdad– en el mercado. Entre otras razones, esto cuestiona el mito que la educación puede funcionar como un mercado de competencia perfecta, si se



http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Hidroaysen_barcelona.jpg

considera que atraer una cantidad mayor de alumnos, y con ellos más ingresos económicos, en lugar de mejorar la educación la empeora y aumenta los costos, ya que siempre se debe gastar más para atraer a la clientela.

A la larga, los bonos educativos aumentan la desigualdad y perjudican seriamente a las clases subalternas, porque sirven de subsidio a aquellos sectores de las clases dominantes que ya pagaban por educación y que ahora cuentan con el auxilio del presupuesto público. En los países de América Latina, en donde los recursos fiscales de los estados provienen de gravar el consumo y con ellos se financia la educación, los bonos educativos despojan, aún más, a los pobres de su derecho a una educación digna.

En Chile, el laboratorio neoliberal por excelencia, desde temprana data y antes que cualquier otro lugar del mundo se pusieron en marcha los bonos escolares. Como resultado de esa política de “libre mercado” creció en forma desmedida la educación privada, se redujo la educación pública y se disparó la competencia desenfrenada entre las instituciones para atraer estudiantes, lo cual se constituye en el instrumento principal para obtener recursos financieros del Estado. Los perjudicados son los chilenos, tanto por el lado de los estudiantes como de los profesores, que soportan una terrible flexibilización laboral y una pérdida de derechos de organización, porque sobre sus hombros recae la racionalización de costos³.

Milton Friedman aseguraba que la conversión de la educación en un mercado “sólo se lograría privatizando un extenso segmento escolar, permitiendo que una industria con fines de lucro se desarrolle para ofrecer una gran variedad de oportunidades de aprendizaje en competencia con la educación pública” y la mejor manera de hacerlo era mediante el sistema

³ Martha Verónica del Rosario Quiroga, “El ‘bono escolar’: Financiación por la demanda, desfinanciación de la educación pública”, *Revista Atlántida*, No. 2, diciembre de 2010.

de vales. Los principales obstáculos para que eso fuera posible provenían de “la Asociación Nacional de Educación y la Federación Americana de Maestros que conforman el grupo de cabildeo más poderoso de Estados Unidos”, puesto que “cerca del 90% de nuestros niños van a escuelas públicas que no son nada públicas, sino que se han convertido en feudos privados de los administradores y de los líderes sindicales”. Esto evidencia que al tan alabado libre mercado no se llega como si fuera una fuerza natural, sino que se impone, y eso se hace mediante la destrucción violenta de aquellos sectores sociales que se le puedan oponer. En el caso señalado, el mercado educativo precisa, según este economista neoliberal, de otro tipo de fuerzas:

Una precondition necesaria para mejorar la educación es debilitar o destruir el poder del establishment educacional actual. Y sólo empresas privadas de educación forzarán la competencia necesaria para obligar a las escuelas públicas a mejorar, con el fin de mantener su clientela. [...] Por las experiencias en otras industrias sabemos de la creatividad de la libre empresa, la variedad de productos y servicios que ofrece para satisfacer a su clientela, o sea exactamente lo que necesitamos en las escuelas hoy.

Pero cuando eso se logra, como en Chile o Inglaterra,

al igual que en todas las demás áreas en que se ha privatizado extensamente, la privatización de las escuelas producirá una nueva, activa y fructífera industria, ofreciendo oportunidades a gente de talento que ahora ven con horror la profesión de maestro debido al deprimente estado de muchas de nuestras escuelas. [...] Para que la propuesta de los vales educacionales tenga éxito debe ser sencilla de comprender, garantizando que lejos de aumentar los impuestos reducirá el gasto gubernamental en educación⁴.

No es difícil captar que el discurso sobre el mercado, la competencia y la soberanía del consumidor no se impone por su superioridad intrínseca, como dicen los ideólogos neoliberales, sino por la fuerza, para despejarles el camino a los reformadores educativos del libre mercado. Para eso, es preciso, como lo enfatiza Friedman, destruir los sindicatos

⁴ Martha Verónica del Rosario Quiroga, “El ‘bono escolar’: Financiación por la demanda, desfinanciación de la educación pública”, *Revista Atlántida*, No. 2, diciembre de 2010.

Casi el 70% de la energía que usas en tu casa se genera con petróleo, gas y carbón.
 Recursos que Chile no tiene y debe comprarle a otros países.

Sólo el 31% de nuestra energía se genera con agua, un recurso que **sí** tenemos, y es limpio y renovable.
El agua es nuestro recurso, ¿Por qué depender de otros?

fuente: CIDE - UC
 Impacto: Marzo, Abril y Mayo de 2011

hidroAysén
 Chile con energía

Tras la aprobación del proyecto y como respuesta a la campaña "Patagonia sin represas", HidroAysén inició una masiva estrategia publicitaria para reivindicar el proyecto y hacer frente a las críticas.
 Fotografía: <http://es.wikipedia.org/wiki/HidroAysén>

de profesores y flexibilizar el mercado laboral de los docentes y administradores del sistema escolar. Esta propuesta es la que impulsan los grandes magnates de la informática y de las empresas multinacionales, que claman tanto en Estados Unidos como en otros lugares del mundo por la supresión de los sindicatos de profesores, para que pueda funcionar sin trabas el libre mercado de la educación.

En conclusión, el discurso neoliberal implanta otro lenguaje en la educación, cuyo nefasto alcance no puede desconocerse en la imposición de un "nuevo" sentido común: presenta como algo natural la conversión de un bien público en una mercancía; impulsa el abandono por parte del Estado de su responsabilidad de proporcionar educación a la población de un país; difunde la falacia que la mejor educación es la que proporciona el mercado privado y que entre más costosa sea la formación, automáticamente deberá ser mejor; debilita la oferta y fortalece la demanda, con lo cual se subsidia a la educación privada; genera el tendencioso prejuicio que la buena educación es costosa y privada y que quien quiera tener acceso a ella, como instrumento para valorizar el capital humano, debe pagar elevadas sumas de dinero; e instaura en el imaginario de la gente la perversa idea que educación es una mercancía y no un derecho.